

“Dibujar en los juicios: relato de una experiencia”

Eva Cuevas¹

Resumen

En este trabajo se presentará la experiencia de una estudiante de Artes Visuales, que concurrió a dibujar en los juicios durante el año 2010 y que participa del libro “Acá se juzga a los genocidas”.

La propuesta de dibujar en los juicios surgió a partir de que se prohibiera el uso de cámaras filmadoras y fotográficas en algunos tribunales. Comenzó como una estrategia para que mediante crónicas gráficas se deje asentado que *acá, se juzga a los genocidas*. Pero durante el desarrollo de la tarea, las diferentes miradas de los dibujantes, y las crónicas escritas, dieron por resultado un material que excedía el carácter de presentación y se constituía como un lenguaje propio del asistente a los juicios. Más tarde las cámaras volvieron a encenderse en los Tribunales, pero los dibujos no cesaron.

Dibujar en los juicios es una experiencia compleja. Por un lado se pone en juego el problema de la participación de la sociedad en el proceso histórico del juzgamiento de los genocidas. Por otro lado es una manera de abrir una formación universitaria al mundo. Por último es una experiencia personal, un entramado de sensaciones encontradas, de responsabilidades, y de preguntas.

¹ Estudiante del Profesorado en Artes Visuales –Escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano, y de la Licenciatura en Artes Visuales –Instituto Universitario Nacional de Arte. nube_nueve@hotmail.com

“Dibujar en los juicios: relato de una experiencia”

Introducción

La propuesta de dibujar en los juicios surgió a partir de que se prohibiera el uso de cámaras filmadoras y fotográficas en algunos tribunales a partir de la desaparición del testigo Jorge Julio López. Comenzó como una estrategia para que mediante crónicas gráficas se deje asentado que *acá, se juzga a los genocidas*. Pero durante el desarrollo de la tarea, las diferentes miradas de los dibujantes, y las crónicas escritas, y la disposición de que en algunos tribunales se volviera a permitir el registro fotográfico, dieron por resultado un material que excedía el carácter de presentación y se constituía como un lenguaje que relata distintas dimensiones de lo que sucede en estos juicios.

I

Asistir a los juicios para hacer un registro, a través del dibujo o de las palabras, es una experiencia con distintas aristas. Por un lado se pone en juego el problema de la **participación de la sociedad** en el proceso histórico del juzgamiento de los genocidas. Es un modo de abrir una puerta a aquellos que no somos familiares directos de las víctimas, para seguir construyendo la condena social.

Por otro lado, esta convocatoria, impulsada por HIJOS, por la UBA y el IUNA, es una manera de **abrir una formación** universitaria al mundo.

Promover desde las instituciones educativas la participación de los estudiantes en este tipo de actividades es un modo de situar a quienes nos estamos formando, en el territorio de la historia y de los problemas y deudas sociales, para pensar desde un sitio, para, a través de los diferentes campos disciplinares, sostener un compromiso social y político con nuestra historia y nuestro presente.

Por otro lado, visibilizar que en el país se está haciendo justicia, después de tanto tiempo, es un hecho educativo. Tomaré prestadas al respecto unas palabras de Jorge Larrosa*, refiriéndose al lugar de la escuela como transmisora de “algunos ideales para que nuestra vida continúe teniendo sentido más allá de nuestra propia vida”:

“(…) la educación tiene que ver siempre con una vida que está más allá de nuestra propia vida, con un tiempo que está más allá de nuestro propio tiempo, con un mundo que está más allá de nuestro propio mundo (...) un tiempo y un mundo que de alguna manera, nosotros les damos, ... querríamos que los nuevos pudiesen vivir una vida digna, un tiempo digno, un mundo en el que no dé vergüenza vivir.”

Hacer visible este juzgamiento histórico multiplica el ideal, nos hace partícipes, a los estudiantes, para tomarlo y seguir gestando el mundo en que no da vergüenza vivir.

Por último, asistir a los juicios, constituye una **experiencia personal**, un entramado de sensaciones encontradas, de responsabilidades, y de preguntas.

II

Desentrañar la experiencia

Es muy difícil sentarse aquí a relatar una experiencia de este tipo. No por su densidad, ni por el entramado de violencia, ni tampoco por lo que cada asistente a los juicios pudo haber oído o sentido; es muy difícil porque “una experiencia” queda chica.

Entender la participación social en los juicios como un fenómeno efectivamente social, colectivo, formado por acciones y por lo tanto por significaciones colectivas, deja a la experiencia personal relegada a la anécdota.

Es por eso que si bien mi trabajo se llama “relato de una experiencia”, quizás sea eso lo que menos me importe en este momento. O al menos, cabe preguntarme ¿para qué relato una experiencia?

Retomando nuevamente las palabras de Jorge Larrosa:

“lo que la experiencia tiene de experiencia es la imposibilidad de objetivación y la imposibilidad de universalización. La experiencia es siempre de alguien, subjetiva, es siempre de aquí y de ahora, contextual, finita, provisional, sensible, mortal, de carne y hueso (...) ligada siempre a un espacio y a un tiempo concreto.”

La experiencia es polisémica, personal, absolutamente subjetiva. Resuena en nuestra intimidad. Es imposible retenerla tal cual fue vivida. Ahora bien, después de casi tres años (mis dibujos fueron realizados en el año 2010), puedo recuperar algunos sentidos, y es lo que, en definitiva, venimos a hacer aquí.

Pienso en que una cualidad de la experiencia es tener estatuto de tiempo presente, una experiencia *es siendo*. En mi caso particular, los sentidos que adquirió para mí la participación en los juicios tiene mucho que ver con esta característica de la experiencia: esta historia *está siendo*.

Y es en esta conciencia del tiempo presente, que cobra sentido la participación social, no en la historia, sino *desde* la historia, *en* el presente.

Asistir a las audiencias testimoniales, me ubicó, me posicionó en un lugar. Allí, “detrás del vidrio”, junto a los familiares, a los hijos, tomé conciencia del *tiempo presente*.

La primera vez que asistí al TOF n° 5, junto con otros compañeros dibujantes, no tenía idea de qué iba a escuchar y a ver. Fue en la experiencia que encontré, sin buscar, aquello que pude mirar. Durante el relato, el vidrio que separaba a los asistentes de los abogados, jueces y testigos se me fue haciendo opaco; dos hijas se abrazaban escuchando, dos madres se daban la mano con fuerza, una de las hijas rompió en llanto. Mi mirada se ubicó allí, “de este lado del vidrio”, y mirar, y dibujar a quienes estaban al lado mío, me dio una misión, un lugar desde donde ver.

III

El tiempo presente

¿Por qué relatar, por qué volver a indagar esta experiencia? ¿cabe pensar que la vivencia personal puede *hacerle cosquillas* a un otro, para que desarrolle un modo propio de involucrarse?

El sentido profundo de la participación social, sea a través de un dibujo, de una foto, de una crónica escrita, o de la escucha, es seguir ubicando a los crímenes y delitos cometidos en la última dictadura militar, en tiempo presente.

Entender que los hijos siguen faltando, que los cuerpos y las verdades faltan.

Asistir a los juicios es entender que la deuda es inmensa, que la herida está muy abierta y que no es solo la de las víctimas y sus familiares, sino que es una herida cultural.

Y en este sentido considero que es importante leer y hacer en tiempo presente, a través de diversos lenguajes, de diferentes perspectivas. Un lápiz, una palabra, una película, estar, comunicar, hacer escuela: porque si una parte importante del educar es proponer desafíos para que cada cual construya los conocimientos y desarrolle múltiples resoluciones, vaya desafío poner palabras donde no las hay y educar desde la visibilización de la historia.

La experiencia de estos pocos que estamos sentados aquí, pretende, al menos en mi caso, tan solo dejar ver, y proponer nuevos modos de habitar esta herida a través de la experiencia. Caminar por estas calles, estar en este espacio, transmitir lo que se pueda con palabras, y lo que no, que quede en gesto, en dibujo, en poema.

Esta participación construye, nos ubica, crea identidad.

Trato de transmitir, como estudiante de una carrera docente, que nuestra experiencia es solo una de las tantas posibles, nacida vaya uno a saber de qué profundos lugares, de qué incomodidades y preguntas, que no visten palabras. Que esta experiencia es uno de los modos de dar visibilidad a la deuda que tenemos con el presente.

Y que la suma de todas las voluntades, la creación del compromiso social, constituye un hacer y un decir diversificado, rizomático, propio de un tema tan complejo, que precisa múltiples miradas para decirse.

IV Cierre

Para finalizar voy a leer un texto que escribí cuando salí de una de las audiencias y que fue publicado en el libro “Acá se juzga genocidas”.

dibujo abrazos.

de carne y hueso,

entre los familiares, los amigos,

que se van conteniendo en el silencio de la escucha de los testimonios.

esos abrazos,

esas manos que se entrelazan tan fuerte, al lado mío,

no a través del vidrio,

esas son las manos que viven, que se acompañan y trabajan juntas.

intento ver más allá del vidrio y no puedo. Puedo bastante poco en estos juicios.

Escucho, miro, dibujo poco. Porque dibujar viene a ser tener palabras, y esas son las que se me truncan cuando oigo lo que oigo.

Pero cuando pude dibujar abrazos se destrabó algo. Es que me senté al lado de los vivos, y mi presencia fue entonces por la defensa de la vida, mi presencia es mis ganas de seguir caminando.

Estos dibujos son solo ese testimonio, micro testimonio de la vida que está prendida, de este lado del vidrio y que puja bien fuerte por la verdad y la justicia.

*Las citas fueron extraídas de:

Jorge Larrosa, "La experiencia y sus lenguajes" (conferencia) en Seminario Internacional La formación docente entre el siglo XIX y el siglo XXI, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Argentina, 2003